

tud intelectual, lograr, por medio de la escuela, la realización de nuestros grandes ideales democráticos. Y como creo a Vasconcelos capacitado para contribuir espléndidamente a ese fin, uno mi aplauso al de ustedes para el joven y culto jefe de la educación nacional.

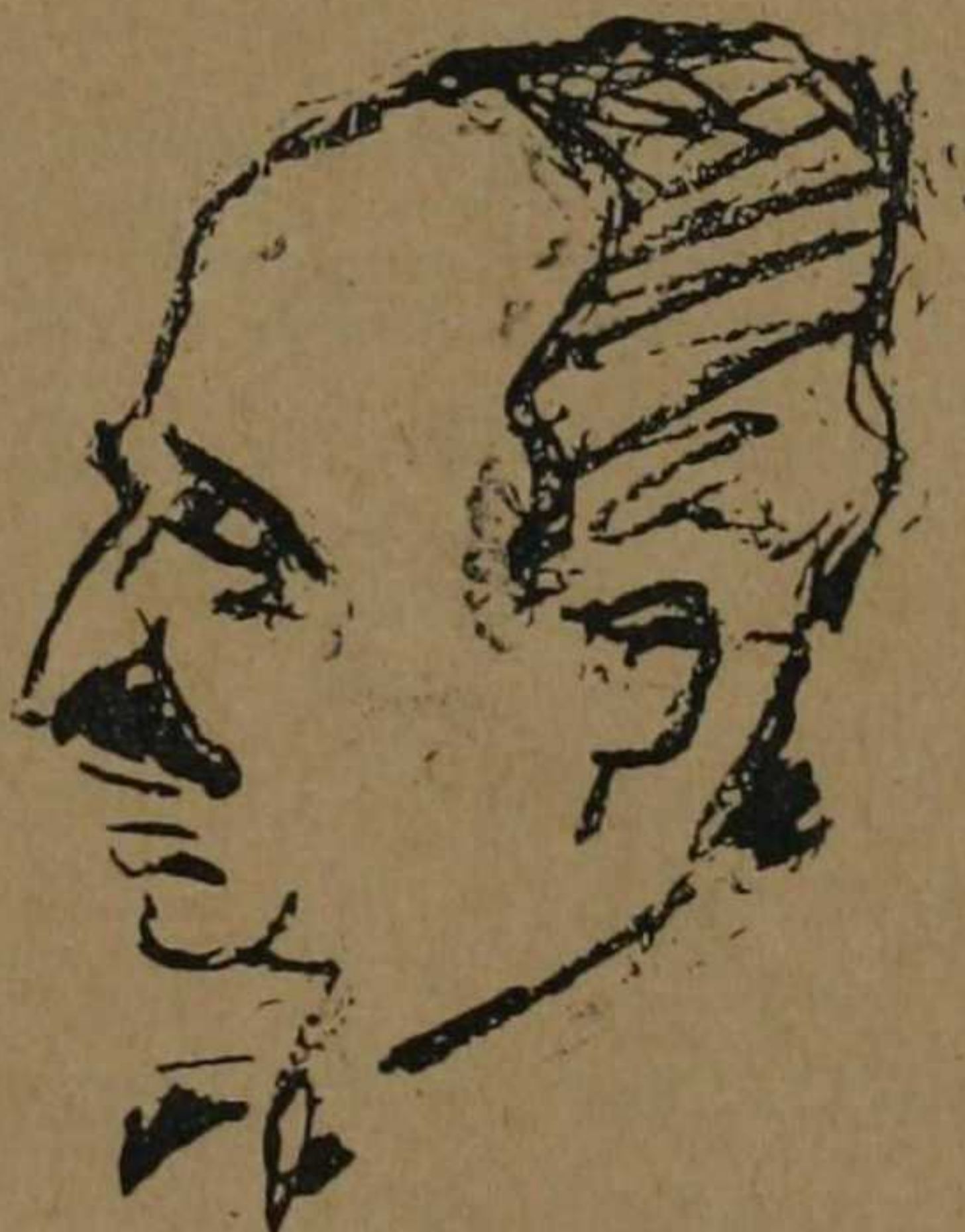
Una carta del Embajador de Colombia

EL señor Hernán Rosales dió lectura a dos cartas significativas: la una era del distinguido intelectual colombiano doctor don Antonio Gómez Restrepo, de justo renombre continental como catedrático y docto en gay saber, y la otra del nobilísimo poeta, su secretario, don José Eustasio Rivera, ambos con alta misión diplomática de su país en el nuestro, quienes a la vez que se excusaban con sentimiento por no hallarse presentes en la fiesta, tributaban su simpatía y adhesión al señor Vasconcelos. «Entre los muchos hombres ilustres con que cuenta esta gran nación, madre fecunda de preciaros ingenios y de hermosos caracteres—decía la carta del doctor Gómez Restrepo—figura en lugar prominente el señor Vasconcelos, en quien se unen en armónico consorcio, las condiciones del hombre de acción, por lo cual es, al propio tiempo, un gran profesor de energía y un luminoso centro de cultura intelectual, que hace sentir su benéfica influencia en la briosá juventud mexicana. Entre las muchas dotes que adornan al señor Vasconcelos figura una que vivifica y fecundiza a todas las demás, y es la generosidad de su corazón, siempre dispuesto a alentar toda tentativa bien intencionada, a estimular a todo ingenio naciente, a aplaudir y premiar todo esfuerzo digno de apoyo. Y esta generosidad de su criterio no se contiene dentro de los límites patrios, sino que abarca a todos los hijos del continente latino-americano. Por todas estas razones veo en el señor Vasconcelos a un tipo representativo del pueblo mexicano, siempre altivo, siempre magnánimo, siempre animado de un alto espíritu de americanismo, y saludo en él a uno de los hombres destinados a ejercer con su palabra y con su ejemplo la más honda influencia en el desenvolvimiento intelectual de este bello y egregio país».

El discurso del Dr. Belaunde

FUÉ admirable de elocuencia, fogoso de frenesí cordial, el discurso del doctor Belaunde. Haciendo comentarios a las palabras de Vasconcelos sobre el deber moral de los intelectuales de América para combatir a los últimos tiranos, advirtió que nuestros abuelos próceres habían luchado por la conquista de la independencia, pero

que faltaba por realizar la obra de la democracia; que América Latina es un sistema nervioso en el que si Costa Rica, por ejemplo, sufre una pena, ésta cobra resonancia en todo el sistema, pues dentro de la gran fraternidad soñada por el Libertador nada había más lúgubre que los pueblos oprimidos. El discurso del doctor Belaunde electrizó el auditorio y fué imposible que el repórter tomara nota estricta de todos sus conceptos. El verbo seductor, el gesto tribúnico, tiene un admirable exponente en el insigne catedrático y pensador peruano que en-



VÍCTOR M. BELAUNDE

cendió auroras verbales en el esplendor del festival.

Lo que dijo el Dr. Ayala

EL doctor Manuel Ayala, hizo uso después de la palabra, diciendo poco más o menos lo siguiente:

«Voy a tener el honor de decir unas breves palabras. Deseo repetir aquí lo que en privado he dicho a varios amigos: que he venido a México, entre otras cosas, a presentarle un saludo al licenciado Vasconcelos a nombre de las colonias latino-americanas de New York, desde donde vemos al licenciado Vasconcelos cómo se destaca con las proporciones de un gigante

DURA LEX

—«El color de la Vida es color rosa»... me dijiste una vez.
Y como yo era entonces muy dichosa tu opinión afirmé.

Más tarde, con el alma entristecida, pasando oí decir:
—«¡Todo es tedio y negrura en esta vida!»... Y también lo creí.

¡Hoy comprendo que en este mundo,— de alegría y dolor,— [mezcla cada día vestimos a la vida con distinto color!...

CARMEN BRANNON

(Aurora, Sonsonate, El Salvador).

con sus numerosas pruebas en beneficio de la educación cívica y destrucción de las tiranías en los pueblos latino-americanos.

«Como mis compañeros del Comité de New York se encuentran ausentes, quiero aprovechar esta oportunidad para suplicar a todos estos amigos presentes, todos latino-americanos, y por lo tanto, amigos míos, que nos pongamos de pie para hacer un homenaje al licenciado Vasconcelos, el abanderado de los latino-americanos.

«Antes de sentarnos, deseo asimismo insinuar a estos compañeros que trabajemos inmediatamente en dar otra prueba de adelanto cívico, haciendo las gestiones necesarias para que el Gobierno de México proponga a todos los demás de la América se establezca un servicio inalámbrico, el cual se inaugure antes del próximo septiembre, y puedan así publicarse simultáneamente en cada ciudad y diariamente los principales acontecimientos de los otros países. Esto sería un paso eficaz hacia la unión hispano-americana».

El discurso del Dr. Ugarte

EL señor doctor Manuel Ugarte, jefe de la misión diplomática de Honduras en el Centenario, y uno de los más brillantes abanderados de la causa unionista de Centro América, hizo en seguida uso de la palabra.

Con palabra fácil y llena de un tono casi confidencial, el orador empezó hablando de la necesidad de que se fundara en México una confederación de intelectuales latino-americanos. A su juicio ella es ya una verdadera necesidad intelectual. Y su influencia sería trascendental, ya que el constante intercambio de ideas es la base fundamental del acercamiento de los pueblos.

El señor doctor Ugarte expresa, por último, que posiblemente su iniciativa sea considerada como una utopía, pero que precisamente todos los grandes acontecimientos que determinan el porvenir de los pueblos, fueron juzgados al principio como sueños de la fantasía. Y se refiere para comprobar su aseveración a la unidad federativa que últimamente han logrado las repúblicas de Honduras, el Salvador y Guatemala. Los iniciadores de ese movimiento unionista, entre los cuales, según sabemos, descolló el señor doctor Ugarte, fueron considerados como soñadores. Ahora la unidad les ha dado la razón.

Después que el señor doctor Ugarte terminó su discurso se puso en pie el doctor Pedro Henríquez Ureña, y expresó con palabras sinceras su admiración y cariño para el agasajado.

Serían las cinco de la tarde cuando terminó el banquete en medio de la mayor cordialidad.

(El Universal, México. D. F.)